Charlas en la cocina

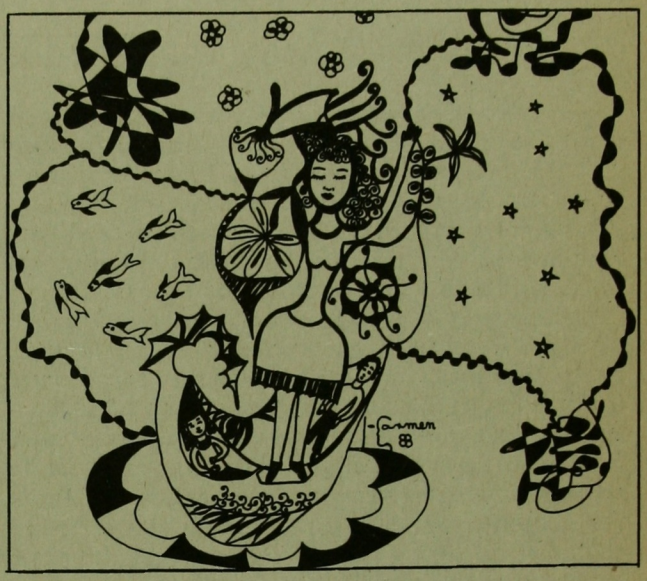
Ana Carrillo

Mis padres me educaron de una manera de la que siempre me quejé, como tener que comer cuando era niña y llegar temprano con mi novio de joven –incluso cuando ya estábamos casados por lo civil–. Sin embargo, cuando tuve hijos que de pequeños no comían o de mayores llegaban tarde, comprendí a mi padre y a mi madre.

Ellos actuaban sin preocuparse de que mi hermano y yo nos ofendiéramos. Nos decían: "Esto es así"; no había elección. A mis hijos les di a escoger carrera, manera de actuar y de vivir, pero ahora hay cosas que ellos hacen que me preocupan, pues quisiera que vieran la vida como yo en ciertos aspectos fundamentales, lo cual no sucede.

En cierto sentido quisiera que la educación que di a mis hijos se hubiera parecido más a la que me dieron mis padres. Pero hay cosas que creo deben ser diferentes. Por ejemplo, a mí me gustaría que mis hijos se dedicaran a sus hijos, pero no como yo lo hice. Es decir, quisiera que tuvieran su propia vida, porque si uno vive para los demás, ellos se acostumbran a eso.

La vida hay que hacerla a lo que a uno le gusta. Yo siempre tuve gustos e intereses, pero en mi época no había tiempo para eso. Tenía que hacer la comida y lavarle la ropa a los hijos, y ahora que soy vieja hago lo que ha sido mi costumbre toda la vida.



Me encanta que mis hijos y mis nietos vengan a comer, pero me gustaría ir dos veces o al menos una vez a la semana a hacer lo que me diera la gana: ver un museo o exposición, correr por las calles de México, ir a visitar iglesias, de compras o simplemente a ver aparadores o quedarme dormida.

Es un poco de envidia de que mi esposo salga dos veces a la semana y en cambio yo no pueda hacer mi vida.

Me agrada que las mujeres tengan hoy más libertad. Lo que no me parece bien es que los matrimonios hoy no aguanten nada. Se separan porque se pelean. Uno no se pelea con el vecino, se pelea con las gentes con las que convive: con el hijo, el esposo; con las personas con las que uno tendría que estar toda la vida. Las mujeres dicen hoy: "Yo trabajo. Puedo divorciarme, mantener a mi hijo y seguir adelante", pero yo he visto que los niños se quedan entre dos aguas; sin saber cómo va a ser su vida.

Mi esposo y yo –ante los divorcios de nuestros hijos– hemos pensado que con gusto habríamos dado algo de nuestra felicidad, a cambio de que ellos hubieran sido felices en su matrimonio más tiempo.

Así es como veo las cosas ahora que estoy vieja, aunque me siento vieja sólo cuando me veo al espejo, y eso si traigo los lentes puestos porque sin ellos no veo nada, pero aún tengo joven el espíritu.